



Una historia patriótica de España

JOSÉ MARÍA MARCO
Prólogo de Esperanza Aguirre

Planeta, 2011. 654 páginas.

Afirma José María Marco: “Los españoles culminaban una empresa de ocho siglos, completamente utópica cuando arrancó. España volvía a ser íntegramente Europea y occidental. *Había sido su voluntad y su elección*” (p. 162). Y también: “El motivo de la curiosidad de los europeos es que nuestros antepasados *querían recomponer el hilo que los unía a la cultura griega*” (p. 163); “El siglo XI y el principio del XII vienen a ser en Europa como un segundo renacimiento, después del carolingio del siglo IX. Como una prueba de la *voluntad de continuidad* de la cultura europea, entonces se pusieron las bases de otro renacimiento en el que se crearon y se consolidaron algunas de las grandes instituciones occidentales” (p. 168); “A los conquistadores, a los pobladores y a los primeros frailes les gustaba España, y querían verla crecer al otro lado del Atlántico. Como es natural, crearon algo distinto, pero español en su raíz. Ese resultado era inconcebible sin la *voluntad de recrear* allí una nueva España y anclar un continente entero en Occidente” (p. 238); “En las familias, entre los amigos, en el trabajo, los españoles se enfrentaron al dilema de vivir en perpetua guerra civil o perdonar. *Eligieron el perdón*” (p. 556). Las cursivas no se encuentran en el original. Sin embargo, creo que ayudan a comprender una de las dos claves esenciales de la magna obra que José María Marco ha escrito con el título de *Una historia patriótica de España*.

Esa primera clave se encuentra, a mi juicio, en la idea de que la historia de España es el resultado de empeños, de elecciones, de decisiones. Es decir, de personas, que son las que se empeñan, eligen y deciden. Empeños que habitualmente han tenido una razón moral. España ha existido en la medida en que los españoles han querido hacerla existir, rescatarla cuando estaba perdida, darle continuidad y legarla como algo valioso, que no es lo mismo que útil. La historia de España no es sólo la obra de quienes miraron adelante, pero sí es “historia”, una forma de vida en común extensa en el tiempo que se pueda relatar, es por quienes miraron adelante. Para dejar atrás y para llevar consigo, para no ser y para ser. Sólo se comprende esa historia si se mira como ellos la miraron cuando la estaban haciendo, y porque, pese a todo, la voluntad de continuidad se ha sobrepuesto en cada caso a las voluntades de disolución, que son también historia de España.

Lo que cuenta Marco es lo que los españoles han hecho para seguir teniendo historia. Es, obviamente, toda una impugnación a cualquier tentación historicista: no hay necrolatrías, no hay una España necesaria, no hay una España eterna; no hay una esencia española que haya permanecido inmutable a lo largo de los tiempos y en la que se pueda descansar de la responsabilidad de seguir

dando existencia a España, si se quiere que la tenga. Hay, sencillamente, españoles con voluntad de continuar siéndolo a su modo, personas que “abrazan su circunstancia y la salvan”. Marco dignifica lo ordinario, lo sencillo, lo que está ahí mismo, lo que todos podemos ser. Muestra una clara incomodidad ante la historia como colección de hechos excepcionales, y también ante lo exquisito, ante lo supuestamente sofisticado, ante lo *snob* y la elite. No hay mitos nacionales. La suya es una historia popular y creo que, en un sentido no confesional, profundamente católica.

La segunda clave esencial de la obra de José María Marco se halla, en mi opinión, en lo siguiente. No sólo escribe una historia patriótica en el sentido de que cuente el patriotismo de otros, lo hace también en el sentido de que él mismo desarrolla con su libro un ejercicio de patriotismo. Es decir, un empeño personal a favor de España. Escribe la historia del patriotismo, pero al hacerlo afirma su propia voluntad de sumarse a ese esfuerzo de siglos, con humildad y mediante una elección consciente. Porque la forma en que Marco cree que se debe actuar ahora, a la altura de 2011, para salvar su propia circunstancia histórica –la de todos nosotros– es ejecutar un inmenso acto de hermanamiento y de perdón hacia todos cuantos han formado parte de la historia de España, que es lo que hace en su libro. Con ello pretende conjurar un peligro cierto de fractura nacional, de pérdida de los lazos de fraternidad o familiares, de polarización e incluso de odio entre españoles. Eso es lo que nos amenaza y contra eso decide actuar. Todo este libro está maravillosamente escrito –José María Marco escribe muy bien–, pero los capítulos finales alcanzan una densidad moral y una “amabilidad” excepcionales al relatar nuestra Transición y la elaboración de nuestra Constitución de 1978, e incluso las legislaturas transcurridas desde entonces. Marco ha afirmado haber pensado en escribir esta obra hacia 2005. Por entonces, como

muchos, quizás creyó por un instante que lo que exigía el patriotismo era tomar partido y elegir bando frente a quien fuera. Pero, quizás, él, como muy pocos, supo que eso condenaba a su patria, supo que eso significaba la quiebra de la nación. Y, por tanto, supo que no era eso lo que debía hacer. En su lugar decidió escribir durante años hasta completar *Una historia patriótica de España*. Ser patriota español no es buscar enemigos que por contraste realcen el compromiso propio, es actuar inteligentemente para que España sea el país que queremos que sea, y pueda serlo para todos. Es tener voluntad de recomponer “el hilo que nos une”, un esfuerzo por hacer que los lazos no se rompan.

A izquierda o a derecha, Marco se ha propuesto responder a cada historia de partido y bandería con un abrazo. Y lo consigue. No secciona la historia, no disfraza lo que no encaja ni maquilla nada, la acepta tal cual es. No necesita que sus compatriotas piensen como él para quererlos. Al contrario, puesto que en ocasiones no puede comprenderlos sólo puede mantenerse junto a ellos por afecto. Se impone la obligación de quererlos como españoles, de reconocerles siempre esa condición y de reservarles su sitio en la mesa común. Aunque no quieran. Y si dan un paso más allá, él lo da también, y redefine la anchura nacional para que sigan cabiendo. Porque esa es la verdad de la historia de España.

Si patriotismo es el amor a la realidad de nuestro país, eso significa amar también los errores, las miserias, los fracasos e, incluso, la maldad. La patria de la que habla Marco es una patria real, completa, con sus luces y sus sombras. Es lo que somos. Sólo así es posible amar humanamente, también amar al propio país, si se acepta amar todo lo que quisiéramos no ser o no haber sido. No busca una España perfecta, no la pretende. ¿Qué virtud habría en amar una patria perfecta? La

virtud está en amar la imperfección y buscar la perfección. Si el patriotismo ha de ser virtud, y lo es, ello implica sacrificio.

No abronca a los muertos, no los exhuma para hacer sobre ellos juicio alguno. Para él los cementerios son realmente campos santos. Hace una lectura bondadosa de nuestra historia, pero absolutamente verdadera. No es bondadosa porque oculte el mal sino porque lo perdona. No es tolerante ni distraído en la asignación de responsabilidades sino compasivo. Lo que parece proponernos, por tanto, es algo simple de comprender pero difícil, casi un programa de vida. Si queremos hacernos cargo de nuestra historia, de toda ella, debemos respetar dos virtudes: un compromiso radical con la verdad y un compromiso radical con la humanización de la verdad.

Lo que dice Marco sobre nuestra historia hace comprensible nuestro éxito constitucional y democrático. Si nuestra historia ha podido llegar a ser la de una nación que ordena su convivencia como lo hace, si pese a todo seguimos juntos y seguimos bien, entonces es que tiene razón: "Nuestra democracia es la culminación de una historia de siglos en los que nuestros compatriotas se esforzaron por dar a nuestra patria lo mejor de sí mismos. España es ese esfuerzo, continuado durante miles de años, un tesoro inagotable de generosidad, ambición, carácter y sacrificio, un tesoro inagotable y sagrado" (p. 614).

Esa sacralidad, ¿en qué consiste? España está "consagrada". Consagrada a los que vendrán y a la memoria de quienes la han hecho llegar hasta nosotros. Aquí sagrado se opone

a lo que exige el nacionalismo de "su" nación tribal. La patria española es la manifestación de la amplitud semántica de la palabra humano, las expresiones de humanidad –o inhumanidad– que han tenido lugar unas junto a otras a lo largo de los siglos entre españoles. Y el patriotismo es un hermanamiento personal con ese insondable caudal de humanidad, de experiencias y memorias. Eso es sagrado porque la vida humana lo es. Este patriotismo es "un grado supremo de civilización" (p. 607) no de tribalización.

Por un instante, el discurso sobre la nación que expone Marco muy al final puede confundir a quien lea sin estar avisado de que el autor no pretende de esa palabra una resonancia constitucional o institucional, no se mueve en el territorio de la teoría del Estado, sino más bien en el territorio de las almas de los hombres. Nación de naciones no es aquí más que suma de afectos.

Al escribir este libro José María Marco quizás quisiera estar incorporándose a la infinita sucesión de pequeños actos cotidianos con los que se ha hecho España, tan sencillos como la aguadora de Goya que ilustra la portada –que no está ahí por casualidad–. Pero en realidad ha logrado un hito cultural y moral. Ha logrado una obra ejemplar que es una proyección de sí mismo, de quien ha elegido ser, para poder servir a su patria como mejor sabe hacerlo. Con lo que ha escrito quizás quisiera poder ser uno más entre muchos. En realidad, lo distingue como uno entre muchos.

MIGUEL ÁNGEL QUINTANILLA NAVARRO



Lágrimas socialdemócratas

SANTIAGO GONZÁLEZ

La Esfera de los Libros Madrid (2011), 395 págs.

Hay cosas que conviene no olvidar, aunque sólo sea para que su recuerdo nos sirva de vacuna para intentar no repetir las. Conviene no olvidar, por ejemplo, que la doble legislatura socialista que ¡por fin! ha terminado con el insuperable trofeo del peor resultado electoral conseguido (a pulso) por el socialismo español tuvo “un lema señorial: las palabras han de estar al servicio de la política y no la política al servicio de las palabras”; arrancó en pleno debate de investidura con “un ideario breve: un ansia infinita de paz, el amor al bien y el mejoramiento social de los humildes”, que fue luego sublimado para una revista femenina con aquel impagable: “soy rojo y justiciero de las mujeres”; y empezó su larguísima despedida un ya lejano 2 de abril con toda una premonición de lo que iba a ser el último año del socialismo en el gobierno: “Este partido tiene inteligencia y cerebro femeninos, y es capaz de hacer tres cosas a la vez: reformas, 12-M y primarias”.

De acuerdo, todo parece una broma. Pero no lo ha sido. Aunque es verdad que lo más sensato, y lo más saludable, es recordarlo con humor. Con mucho sentido del humor, más sentido de la realidad y enormes dosis de “mezquino amor al prójimo”, el periodista Santiago González (que antes fue marino mercante y estudió Económicas) nos ofrece (en forma de libro) una brújula y unas sencillas cartas de navegación por el

“desparrame sentimental del zapaterismo”. Lo ha titulado *Lágrimas socialdemócratas*, y sirve también para alertarnos de “la sentimentalización de la sociedad moderna” y del riesgo andante que suponen todos aquellos que pretenden redimir sus tropelías con una exuberante exhibición de sus buenos sentimientos.

La brújula que nos regala Santi González para no olvidar demasiado pronto lo que han sido estos casi ocho años de zapaterismo tiene –lógicamente– sus cuatro puntos cardinales. Como Norte opera la incuestionable bondad extrema de la izquierda y la indiscutible maldad intrínseca de la derecha. Ya sabemos –y nos recuerda el autor– que “los valores de la derecha cotizan en Bolsa mientras que los valores de la izquierda cotizan en el corazón”. Al Sur se sitúa el antifranquismo sobrevenido y la reinención de la historia: “para eso tenemos la memoria histórica, hermosa síntesis por la cual la memoria no es propiedad individual sino patrimonio colectivo, y la Historia no es la relación de hechos tal como ocurrieron, sino tal como debieron ocurrir”. Todo ello, por supuesto, con total indiferencia –cuando no abismal desprecio– ante los hechos. Como relata el libro, “lo más característico del zapaterismo es la indiferencia ante los hechos que le lleva a decir una cosa y su contraria, depende de lo que exija la política del momento”. Aún más, “no se distinguen las

ideas de las ocurrencias, se confunde la comunicación con la imagen y la imagen con la cosmética". Por ejemplo: "las misiones de paz son, naturalmente, lo que antes se llamaban misiones bélicas o de guerra, pero cuando las hacemos los buenos".

El Norte, la bondad extrema del insuperable estadista que preconizó que las peores cifras de paro de su Gobierno serían siempre mejores que las mejores que tuvo el Gobierno del PP, da título al libro y le sirve al autor para delinear el *storytelling* que tanto se lleva ahora. Pero para poder calibrar la enormidad de esa bondad extrema, de ese buenismo que tanto daño ha hecho, es necesario ver la otra cara del espejo, ese infierno que siempre "son los otros".

Como ejemplo, y esto es sólo un ejemplo, Santiago González recuerda la pataleta que organizó la bancada socialista el día que a Mariano Rajoy se le ocurrió aderezar su intervención con una frase que no era suya: "el ministro de Fomento es un inútil total con elevadas dosis de caradura". Cuando el estruendo que le afeaba tamaña descortesía amainó un poco, Rajoy aclaró que ésas no eran palabras suyas sino amables calificativos que el insuperable Rubalcaba había dedicado al primer ministro de Fomento que tuvo el Gobierno del Partido Popular. Se hizo el silencio. Y es que, como resume el autor, "insultar es lícito si el insultante es de izquierdas y el destinatario de derechas. Al revés es un escándalo que no se puede permitir".

Lágrimas socialdemócratas recopila un buen puñado de ejemplos del odio a todo lo que no pase por el cedazo del buenismo izquierdista. Ejemplos tan penosos como el conocido *post* del diputado Eduardo Medina contra Ángel Acebes, que terminó quitando de su *blog* para alojarlo en la muy democrática web *kaosenlared*. Ejemplos tan vergonzosos como el que protagonizó en una columna periodística del verano de 2004 Juan José Millás: su argumento para elogiar la impagable foto de las ministras en po-

sado-*Vogue* fue escribir que Rajoy tendría hali-tosis. Ejemplos tan esperpénticos como la declaración de Almudena Grandes anunciando su disposición matutina a "fusilar dos o tres voces"... porque la sacaban de quicio. Ejemplos todos del "cordón sanitario contra la derecha cerril" que el PSOE puso en marcha en 2003 con el Pacto del Tinell y que incluso este 2011 justificaba el dirigente del PSE José Antonio Pastor con el sólido argumento de que "a la derecha, en cuanto abre la boca, se le ven las caries del franquismo".

El franquismo o, mejor, el antifranquismo sobrevenido es el Sur de la brújula de estos años de zapaterismo. "El zapaterismo añora la Transición que no protagonizó y el franquismo que no combatió. Esto da lugar a un fenómeno: el antifranquismo sobrevenido, una bochornosa actitud contra el recuerdo del dictador que posibilita que 36 años después de su muerte haya más antifranquistas en España de los que había el 20 de noviembre de 1975".

Las anécdotas sobre el antifranquismo sobrevenido de ilustres dirigentes del PSOE que salpican el libro son sencillamente desternillantes. Merece un lugar destacado la reescritura biográfica que la exvicepresidenta María Teresa Fernández de la Vega hace de su padre, "represaliado" por el franquismo. Santiago González da cuenta de cómo fue nombrado inspector de Trabajo en 1937, de por qué fue destituido en 1940, y de cómo fue rehabilitado en 1949. Pero su hija no lo recuerda así. Ella data la rehabilitación en 1969. Quizá porque 20 años –en un tango– no son nada. La anécdota de antifranquismo heredado de María Teresa está trufada con otra sobre su feminismo militante. Resulta que su represaliado padre no quiso dejarla ir a estudiar a Londres o a París; ella tenía 16 años y su hermano ya había ido. Aquello fue en 1965 y en esas fechas no era muy habitual que los represaliados republicanos enviaran a sus hijos a estudiar al extranjero... ni los represaliados ni los afectos al régimen.

El feminismo militante de estos ocho años deja alguna de sus mejores frases en la hemeroteca de Leire Pajín, la ministra de la conjunción planetaria. Dos ejemplos: “El PIB es masculino, es claramente masculino y, por lo tanto, el cambio estará en el momento en el que las decisiones importantes estén tomadas también por las mujeres”, aseveró la ministra para exponernos sus conocimientos de macroeconomía. En otro momento, para ilustrarnos de que también conoce los secretos de la microeconomía, exclamó: “¡Sólo faltaba que la ministra no pueda nombrar a quien le salga de los cojones!”. Había nombrado a una colaboradora suya directora general de su ministerio pese a que incumplía los mínimos exigidos por la Administración.

El feminismo del socialismo que nos ha gobernado es otro de los puntos cardinales de la brújula para entender estos años. Podemos ponerlo al Este. Pero el feminismo tiene sus límites. Por ejemplo, nadie en el PSOE recuerda que su gran pacificador fue condenado en 1992 por sentencia firme por pegar a la que entonces era su esposa. Quizá porque sólo le causó heridas que tardaron 20 días en curar. No hay ningún otro ejemplo en España de un político que haya conseguido que se olvide una condena por maltratador y seguir tranquilamente en el cargo. Claro que tampoco hay ningún otro que se jacte de haber tenido tantas y tan prolongadas relaciones con ETA.

Lágrimas socialdemócratas está en las librerías desde meses antes de que viera la luz *ETA. Las claves de la paz*, el relato a medias sobre las últimas negociaciones de los socialistas con ETA. Una suerte, porque la habilidad de Santiago González para arrinconar las adornadas historias socialistas contra las implacables cuerdas de los hechos y propinarles desde ahí un buen golpe al hígado de sus contradicciones habría dejado al PSOE en este asunto aún en peor lugar de lo que ya queda. Ya queda como lo que es: un partido entusiasta de las medias

verdades, las medias mentiras y los apaños con los terroristas. Como escribe el autor, “el problema no son las medias verdades de ETA, sino las mentiras completas a los ciudadanos en el Congreso de los Diputados, en los medios de comunicación, en todas partes”.

Y es que al Oeste de la brújula socialista sopla la mentira. Esa mentira que tuvo su aquelarre iniciático en aquel “merecemos un Gobierno que no nos mienta, un Gobierno que diga siempre la verdad”, que proclamó Rubalcaba cuando sólo faltaban unas horas para que se abrieran las urnas en marzo de 2004. La afición por la mentira de los socialistas ha tenido en el terrorismo, y singularmente en ETA, su principal fuente de alimentación.

Como coda final, una cuestión fundamental: el relato del daño causado por el zapaterismo que ha escrito Santiago González casi no menciona el desastre económico que el Gobierno socialista ha causado a España. Y eso que el autor se licenció en Economía cuando era joven. Lo argumenta con estas palabras: “El daño más profundo ha sido político: el que se ha producido en la convivencia entre españoles con la voladura incontrolada de los acuerdos de la Transición, resucitando la inquina entre las dos Españas de la que habló Machado, con la ruptura de los acuerdos de Estado que comprometían a los dos partidos con posibilidades de gobernar. El más destacable es el Acuerdo por las Libertades y contra el Terrorismo, que el propio Rodríguez Zapatero firmó con el entonces presidente Aznar el 8 de diciembre de 2000 y que empezó a ser traicionado al año siguiente en las conversaciones del presidente de los socialistas vascos con el dirigente de la ilegalizada Batasuna Arnaldo Otegui”. Ahora sabemos que ni eso. Ahora nos dicen que la traición empezó en 2000: ¿antes o a la vez que aquella firma?

PILAR MARCOS



El despertar del sueño de una noche de verano

ÓSCAR ALZAGA

Del consenso constituyente al conflicto permanente

Trotta, Madrid, 2011.

Hay un momento en la lectura del libro del profesor Alzaga¹, en el que se tiene la sensación de que uno ha despertado abruptamente de lo que podríamos llamar un sueño de verano. Sucede ya mediado el libro cuando de pronto se refiere al “progresivo antagonismo entre los dos grandes partidos nacionales”². Es cierto que ya había advertido en la introducción de la “falta de capacidad de consenso”, del “clima de progresiva crispación”, en definitiva, de la “incapacidad para el diálogo político”³, que ha presidido nuestra vida política desde hace ya bastantes años. Pero era una introducción para “lectores agudos”⁴. El resto nos adentramos en la lectura de su texto y quedamos no sólo atraídos, sino también convencidos por sus argumentos acerca de lo que supuso la transición política española, su espíritu, que lo fue de “concordia, diálogo y consenso”⁵.

La Transición, “magna obra de comprensión recíproca y buen sentido”⁶, supuso desde la recuperación de la tradición liberal y huma-

nista española “la asunción honrada y compartida por un ancho espectro de las fuerzas políticas del derecho de nuestras gentes a vivir en libertad y justicia en el marco de un moderno Estado de Derecho”, lo que “no deja de ser un monumento magistral al sentido de la concordia entre todos los españoles y pueblos de España”⁷. Este “consenso constituyente” –“esfuerzo de diálogo, concordia y consenso, real, tangible y nada mítico”⁸– produjo la Constitución de 1978, asentada sobre valores y principios “generalmente aceptados”⁹, así como el acuerdo sobre “la composición y el funcionamiento de los órganos de los poderes públicos”¹⁰. En definitiva, el consenso de los años 1977 y 1978 permitió establecer “las bases constitucionales de una democracia”¹¹.

Ahora bien, nuestra Constitución de 1978, “hija del consenso”¹², también “requiere consensos futuros sobre toda una serie de ámbitos capitales”¹³, entre los que el autor señala

¹ Ó. Alzaga, *Del consenso constituyente al conflicto permanente*, Trotta, Madrid, 2011.

² Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 70.

³ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 10.

⁴ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 9.

⁵ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 11.

⁶ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 17.

⁷ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 18.

⁸ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 20.

⁹ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 25.

¹⁰ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 24.

¹¹ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 23.

¹² Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 31.

¹³ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 36.

el desarrollo y articulación del Título VIII de la Constitución, esto es, el Estado de las Autonomías; las leyes orgánicas; las materias a regular por las Cortes Generales en virtud de reservas de ley; la elección de los magistrados del Tribunal Constitucional y de los miembros de otros órganos constitucionales colegiados, así como, finalmente, la actualización de la Constitución a través de reformas.

No es el momento de entrar en las dificultades que cada una de esas materias ha suscitado en el pasado, sólo tener presente que tales inconvenientes reaparecerán necesariamente en el futuro. No obstante habría que destacar de manera especial los inconvenientes derivados de los intentos de ordenar la distribución territorial del poder en nuestro país, que en estos últimos diez años hemos vivido de manera directa tras el anuncio del Plan Ibarretxe en septiembre de 2001, pasando por el esperpento posterior que supuso la tramitación, debate, aprobación, con referéndum incluido, y sentencia sobre el Estatuto de Cataluña. Estas dificultades nos han acompañado y parece que lo seguirán haciendo en el futuro. Ya se ha anunciado un nuevo plan para el País Vasco, construido, como el anterior, sobre el derecho a decidir.

De esta manera, el autor nos anuncia el final del sueño, lo hace recordándonos la necesidad permanente del consenso, una necesidad cuya causa viene de la misma Constitución. Tenemos ante nosotros toda una serie de tareas que exigen que se aborden desde el espíritu de la Constitución, esto es, desde el consenso, aunque en el despertar constatamos que el consenso ha desaparecido, sólo tenemos ante nosotros el 'antagonismo entre los dos grandes partidos nacionales'. En este despertar agrio dos preguntas

nos asaltan: ¿Hubo realmente consenso o simplemente consistió en un compromiso apócrifo?¹⁴. ¿Cuándo se abandonó el consenso?

La contestación a la primera pregunta nos sitúa en el fondo de la cuestión, pues nos exige precisar conceptualmente qué es lo que entendemos por consenso, hasta dónde puede llegar el consenso, qué diferencia existe, si es que la hay, entre consenso y transacción¹⁵. En mi opinión, ésta es la cuestión decisiva, en tanto que exige el establecimiento de cuáles hayan de ser los parámetros razonables sobre los que se ha de construir el consenso, que no son otros sino los principios sobre los que cabe asentar el orden jurídico-político, que en una democracia constitucional cabe definir como los principios de democracia y reconocimiento de los derechos y libertades individuales. Al mismo tiempo hay que establecer con claridad los límites que toda transacción ha de respetar, en la medida en que los acuerdos que se alcancen no pueden poner en cuestión los principios que los hacen posibles. Ya nos lo advierte el autor cuando escribe que hay "leyes que afectan a convicciones o principios sobre los que la transacción es, a la hora de la verdad, más que difícil"¹⁶.

Además, este problema alojado en la tensión entre consenso y transacción, está conectado con el mecanismo central de toda democracia, el principio de la mayoría, pues el juego entre mayoría y minoría tiene que estar presidido necesariamente por los mismos principios sobre los que se asienta todo el orden jurídico-político. De aquí derivaría la insensatez de calificar al oponente como enemigo, así como la legitimación de los controles de constitucionalidad a los que están sometidas las decisiones mayoritarias.

¹⁴ Vid. M. Herrero de Miñón, "Falsas y verdaderas vías del consenso constitucional", *Revista de estudios Políticos*, nueva época, 9, 1979, págs. 73 y ss., cit. En Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 25.

¹⁵ Vid., al respecto, R. Dworkin, *Law's Empire*, Harvard University Press, Cambridge, 1986, cap. 6.

¹⁶ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 53.

Finalmente, esta primera pregunta acerca de si realmente hubo consenso o meramente un compromiso apócrifo nos conduce a repensar el carácter que tuvo la Transición. Desde hace años le estamos dando vueltas a si la Transición supuso una reforma o una ruptura. Quienes la atacan, lo hacen porque no hubo ruptura, de ahí su falta, su contaminación con los principios del régimen anterior. 'De la ley a la ley' es una expresión que trató de resumir las virtudes del proceso de cambio, aunque encerrara también los defectos del mismo, en la medida en que muestra una evolución en el plano formal, sin adentrarse en el terreno de los principios. Este planteamiento es el que ha favorecido interpretaciones críticas de la Transición, de las que es muestra la que apareció hace algunos días en la prensa. Allí decía Ignacio Sotelo que en esa época, el reformismo franquista tuvo "la sartén por el mango", por lo que la Transición "se hizo desde el poder, con los mínimos cambios posibles"¹⁷.

Por su parte, el profesor Alzaga cree que la Transición fue "gradualista en su tránsito desde las leyes fundamentales del sistema anterior a unas Cortes con potestad constituyente"¹⁸, pero un gradualismo "empapado de consenso"¹⁹, que "hundió sus raíces en fechas anteriores [...] en la Ley para la Reforma Política"²⁰.

No me parece que esta posición sea muy clarificadora, por lo que puede contribuir a abonar la tesis que sostiene que no hubo ruptura, sino reforma. Creo que la clarividencia política que mostró la Transición se manifiesta en su complejidad. Ciertamente no hubo ruptura en el plano de la vida política real, sino reforma. La Transición se asentó afortunadamente sobre los deseos mostrados por Azaña en 1938: paz, piedad y perdón. También es cierto que fuimos 'de

la ley a la ley'. No hubo pues ruptura con los mecanismos jurídico-políticos propios de un Estado, lo que permitió una transición pacífica de un modelo autoritario, entonces, a otro democrático. Pero esto no debe velarnos el trasfondo de tales acontecimientos, pues hubo ruptura y además donde importaba, en el plano de los principios, pues nada tiene que ver un sistema asentado sobre la voluntad de un dictador cuya legitimidad proviene de la victoria en una guerra fratricida, con otro distinto, fundamentado en la soberanía del pueblo construida sobre el reconocimiento de la autonomía normativa y los derechos y libertades individuales.

Me parece que quien mejor lo ha dicho no ha sido ni un filósofo ni un jurista, sino un novelista, Javier Cercas, quien afirma: "la Transición no sólo es objeto de debate, sino también [...] objeto de lucha política. Se me ocurre que este cambio es por lo menos consecuencia de dos hechos: el primero es la llegada al poder político, económico e intelectual de una generación de izquierdistas, la mía, que no tomó parte activa en el cambio de la dictadura a la democracia y que considera que ese cambio se hizo mal, o que hubiera podido hacerse mucho mejor de lo que se hizo; el segundo es la renovación en los centros de poder intelectual de un viejo discurso de extrema izquierda que argumenta que la Transición fue consecuencia de un fraude pactado entre franquistas deseosos de mantenerse en el poder a toda costa, capitaneados por Adolfo Suárez, e izquierdistas claudicantes capitaneados por Santiago Carrillo, un fraude cuyo resultado no fue una auténtica ruptura con el franquismo y dejó el poder real del país en las mismas manos que lo usurpaban durante la dictadura, configurando una democracia roma e insuficiente, defectuosa.

¹⁷ I. Sotelo, "El surgir de un nuevo ciclo", *El País*, 8 de noviembre de 2011, pág. 33.

¹⁸ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 43.

¹⁹ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 43.

²⁰ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 44.

[...] Yo creo que es un error. Aunque no tuviera la alegría del derrumbe instantáneo de un régimen de espantos, la ruptura con el franquismo fue una ruptura genuina”²¹.

La contestación a la segunda de las cuestiones, ¿cuándo se abandonó el consenso?, nos aleja de este debate y nos sitúa en una realidad que ha abandonado el consenso que presidió la Transición y lo ha sustituido por el disenso, en el que se ahoga la vida política. El autor nos dice que esto sucedió inmediatamente, tras la primera legislatura, aunque se acentúe en los comienzos del nuevo siglo, especialmente de la mano de los asuntos que no quedaron bien definidos en la Constitución, una vez más la cuestión territorial, pero también otros, como todos aquellos que requerirían de prácticas consensuales. Me refiero, por ejemplo, a la cuestión del nombramiento de los magistrados del Tribunal Constitucional.

Creo que las causas que han producido esta situación de antagonismo exceden la situación concreta de nuestro país²² y las apunta el profesor Alzaga en dos pasajes de su libro, cuando señala los problemas radicales con los que se enfrentan hoy día las democracias. Primero, cuando se refiere al papel central que en las democracias actuales tiene la opinión pública, un problema que viene muy atrás y que ya había subrayado Hobbes en relación con la monarquía absoluta²³.

Y en segundo lugar cuando califica nuestra Monarquía parlamentaria, que es el modelo de democracia constitucional recogido en la Constitución, como un “régimen de presidencialismo encubierto”²⁴, en el que los partidos juegan un papel primordial. Frente al poder legislativo, el ejecutivo es el poder preeminente, “se ha convertido en el poder moderno clave”²⁵. Ante esta situación sólo nos queda acudir al poder judicial como único poder que puede garantizar los derechos de los ciudadanos.

Parece evidente que nuestras democracias han sufrido un proceso muy grave de erosión, que podría compensarse por dos vías. Primero, por la propia acción de la opinión pública, de lo que hoy tenemos pruebas evidentes allá donde miremos, desde el movimiento 15-M hasta el ‘occupy Wall Street’. Segundo, por medio de la institucionalización de la “desconfianza”, lo que permitiría diseñar una nueva forma de democracia, una “democracia indirecta”²⁶, que consistiría en el desarrollo de mecanismos de sobrevigilancia, así como la creación de instituciones independientes y poderes de rechazo.

Creo que al final ambas soluciones no pueden quedar sino en nuestra mano, en el reforzamiento de la sociedad civil. Ciertamente el despertar ha sido abrupto, lo que no impide que felicitemos al autor por haber puesto de manifiesto la inconsistencia de nuestro sueño.

JOSÉ J. JIMÉNEZ SÁNCHEZ

²¹ **J. Cercas**, *Anatomía de un instante*, Mondadori, Barcelona, 2009, págs. 431-2.

²² Vid., por ejemplo, lo que cuenta Dworkin acerca del enfrentamiento político en la sociedad norteamericana en **R. Dworkin**, *La democracia posible. Principios para un nuevo debate político*, trad. de E. Weikert García, Paidós, Barcelona, 2008 (2006).

²³ **Th. Hobbes**, *Behemoth*, estudio preliminar, trad. y notas M. A. Rodilla, Tecnos, Madrid, 1992 (1668),

²⁴ Alzaga, *Del consenso...*, op. cit., pág. 46.

²⁵ **P. Rosanvallon**, *Democracy. Past and Future*, Columbia University Press, New York, 2006, p. 245.

²⁶ Rosanvallon, *Democracy...*, op. cit., p. 238.



Política exterior española: Un balance de futuro

JOSÉ MARÍA BENEYO · JUAN CARLOS PEREIRA (Dirs.)
Prólogo de Marcelino Oreja Aguirre

Biblioteca Nueva, Madrid, 2011. 2 volúmenes.

Valiosa obra colectiva que presenta una perspectiva de gran angular de la política exterior española. A lo largo de sus casi 1.100 páginas, repartidas en dos volúmenes, 33 destacados especialistas, hábilmente dirigidos por los profesores José María Beneyto y Juan Carlos Pereira, nos desganan las claves que configuran y marcan el futuro de la acción exterior de España.

Estamos ante un libro que nace con vocación de convertirse en una obra de referencia inexcusable, por un buen número de razones que le confieren un carácter singular. En primer lugar, porque logra la difícil labor de conjugar el pasado con el presente y, sobre todo, con las perspectivas de futuro, haciendo bueno aquel conocido aforismo de que “solamente los pueblos que tienen memoria, progresan”. Acercaamiento original porque, generalmente, la mayor parte de los libros especializados en esta materia suelen abordar la historia de la política exterior, o bien optan por concentrarse en el análisis de áreas geográficas concretas –América Latina, Estados Unidos, Mediterráneo, entre otras– o de determinados ámbitos monográfi-

cos de estudio –como son los aspectos políticos, de seguridad, o de cooperación para el desarrollo–.

En segundo lugar, por su carácter multidisciplinar y por la gran pluralidad de voces que se han logrado reunir. Colaboran en el libro historiadores, politólogos, profesores de Derecho Internacional, periodistas, economistas, diplomáticos y políticos representativos en activo, muchos de ellos docentes del prestigioso Máster de Relaciones Internacionales del Instituto de Estudios Europeos de la Universidad CEU San Pablo. En pocas ocasiones, la teoría y la práctica de una determinada acción aparecen tan bien aunadas en un mismo trabajo. Esta gran diversidad de autores responde al espíritu de lograr una política de consenso, seña de identidad de Marcelino Oreja durante su etapa como ministro de Asuntos Exteriores y que él mismo defiende en el prólogo de la obra: “La política exterior de España, salvo en contadas circunstancias, ha gozado de un alto grado de consenso por parte de las diferentes fuerzas políticas desde la Transición. Precisamente este consenso es la razón de ser de

una política de Estado, por la que hoy más que nunca me permito abogar en estas líneas”.

En tercer lugar, la nueva publicación tiene la virtud de abordar todas, absolutamente todas, las áreas principales de la acción exterior de una potencia media como España, dentro del contexto geoestratégico en el que se sitúa, fuertemente vinculado a la Unión Europea. Sin duda, tanto el lector interesado en el análisis global, como el que también va buscando el acercamiento más especializado, encontrará aquí un trabajo de obligada consulta.

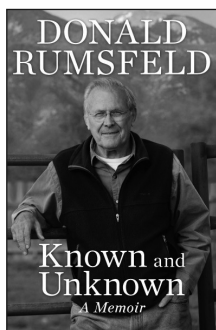
Desde el punto de vista geográfico, este libro recorre los principales pilares de nuestra política exterior: Norte de África, en el que estamos llamados a apoyar sus recientes procesos de democratización; Iberoamérica, con la que tantos vínculos nos unen y en el que necesitamos afianzar la posición privilegiada de España; los Estados Unidos, el eje trasatlántico, especialmente en unos momentos en que nos une la común crisis financiera y la recesión económica; los nuevos socios del Este, a los que debemos saber integrar en Europa, y Rusia, clave en tantas materias, en especial las de seguridad energética; sin olvidar, por último, el salto cualitativo que tenemos que dar en regiones como Asia, con el importante liderazgo de China y la India, y los retos y oportunidades que nos ofrece el África subsahariana.

Otra de las manifestaciones del espíritu de gran angular de esta obra colectiva es la introducción de un apartado completo sobre los

agentes tangibles e intangibles que configuran la política exterior española. Primero, en cuanto a los actores de nuestro sistema institucional público: la Administración Exterior del Estado, el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, las Cortes, las Comunidades Autónomas y los partidos políticos –Jorge Moragas, Antonio Estella y Antonio Moreno nos acercan las visiones del PP, PSOE y de los partidos políticos minoritarios–. Pero también, sin olvidar, otros factores que han ido ganando cada vez más peso en nuestra acción exterior, como la internacionalización de las empresas españolas, el impacto de los medios de comunicación o el papel de la lengua y la cultura española.

Por último, otro gran acierto es el apartado final del libro, dedicado a la diplomacia multilateral, clave en la tan cambiante política exterior del siglo XXI. Las guerras y conflictos armados clásicos han dado paso a nuevas amenazas y desafíos para nuestra seguridad. La lucha contra el terrorismo internacional, la proliferación de las armas de destrucción masiva, las nuevas amenazas nucleares, los conflictos regionales, los “Estados fallidos”, los casos de piratería marítima, la ciberseguridad, el cambio climático, la seguridad energética –en particular, petróleo y gas natural–, la política de inmigración, constituyen un extenso listado de nuevas necesidades en los que la “cooperación multilateral”, como garante de los “bienes públicos globales”, está llamada a desempeñar un papel de primer orden.

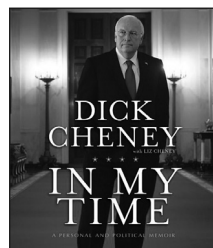
JAVIER SOTA RAMOS



Dos hombres y un destino: Rumsfeld y Cheney

DONALD RUMSFELD
Known and Unknown. A Memoir
Sentinel, New York, 2011, 815 págs.

DICK CHENEY (With Liz Cheney)
In My Time. A personal and political Memoir
Threshold, New York, 2011, 565 págs.



El día que se escriba con rigor la historia política de los Estados Unidos durante el último medio siglo –porque, sin duda, se escribirá– los historiadores tendrán necesariamente que consultar a dos testigos y actores excepcionales, independientemente del juicio que merezcan, que se han mantenido en la escena pública durante tan prolongado espacio de tiempo: Donald “Rummy” Rumsfeld y Richard “Dick” Cheney. El pasado año 2011, ambos nos legaron como último servicio público sendas memorias políticas, que conjuntamente comprenden casi 1400 páginas de información absolutamente esencial sobre un periodo crítico de la historia mundial que trasciende el interés específico de los asuntos estadounidenses: Administraciones republicanas de Nixon, Ford, Reagan, Bush Sr. y Bush Jr.; Tercera Guerra Mundial (Guerra Fría), guerras en el Sudeste Asiático, guerras en Oriente Medio y Cuarta Guerra Mundial (Guerra Global contra el Terrorismo), con los consiguientes cambios de paradigmas estratégicos: desde el *Equilibrio del Terror*

(MAD) hasta la *Star Wars* (SDI), para desembocar en el nuevo orden post 11-S. Y como telón de fondo, las ramificaciones políticas, internas e internacionales, de un periodo jalonado por profundas y peligrosas crisis (la de los misiles en Cuba, asesinato del presidente Kennedy, escándalo Watergate, batallas de la inteligencia *versus* contrainteligencia, caída del Muro de Berlín y colapso del sistema soviético, irrupción del terrorismo islámico, etc.), que justifican lo que Rumsfeld enuncia desde 2001 en una entrevista para *The New Yorker* como preocupación por los peligros de “lo conocido, lo conocido desconocido, y lo no conocido desconocido”. Ése es precisamente el título que ha dado a su libro: *Known and Unknown. A Memoir* (New York, 2011). El de Cheney, menos dramáticamente, se titula *In My Time. A personal and political Memoir* (New York, 2011).

Estos dos hombres, republicanos procedentes del Medio Oeste americano, curiosamente van a compartir experiencias políticas y administrativas similares que les conduci-

rán a un común destino en sus momentos estelares. Donald Rumsfeld (Evanston, Illinois, 1932), el más veterano, se inicia en la política nacional en 1962 como representante en el Congreso por Illinois. Dick Cheney (Lincoln, Nebraska, 1941), mucho más tarde en su carrera, será también representante en el Congreso por Wyoming. Ambos coincidirán como jóvenes ejecutivos en la Oficina de Oportunidades Económicas de la Administración Nixon en 1969, y ambos terminarán sus carreras políticas en la Administración de Bush Jr. (Rumsfeld también trabajaría durante la Administración Reagan en los planes de la SDI), como líderes de la corriente *neocón* –pese a su condición de “gentiles”–, aunque sus respectivos colaboradores más cercanos fueron los arquetipos *neocón* judíos, por cierto altamente polémicos: Paul Wolfowitz (secretario adjunto de Defensa con Rumsfeld, principal arquitecto de la intervención en Iraq) y Lewis “Scooter” Libby (jefe de gabinete del vicepresidente Cheney, condenado irregularmente por perjurio y obstrucción de la justicia en el caso Wilson-Plame). Ya he mencionado los dos temas polémicos (Iraq y el caso Wilson-Plame) que en cierto modo constituyen un asunto importante en sendas memorias, y que en cada caso llevará a los protagonistas de los relatos a un desencuentro final con el presidente George W. Bush.

Cabe preguntarse –y los futuros historiadores lo harán– qué hubiera sido de la presidencia de Bush Jr. sin Rumsfeld y Cheney. Podemos imaginar que la influencia de Bush Sr. y el *establishment* republicano tradicional hubiera sido mayor, y el distanciamiento ideológico y en estilo entre el padre y el hijo –por la mayor identificación de éste con el modelo Reagan– hubiera sido menos notable. La universal paranoia *antineocón*, versión nueva del antisemitismo y antisionismo convencionales en Estados Unidos y en todo el mundo, sería virtualmente inexistente.

De los principales actores en la Administración Bush, ya se han publicado algunas memorias. Las del propio presidente y de su principal consejero Karl Rove tienen gran interés en las cuestiones estrictamente políticas internas, electorales e institucionales, de la presidencia y sus relaciones con el Congreso. Las de Colin Powell y Condoleezza Rice resultan irrelevantes respecto al ámbito de su responsabilidad, y tienen un interés puramente como autobiografías personales. Sólo las de Douglas Feith, *War and Decision* (2008) –y en menor medida las de George Tenet– apuntan al meollo de las cuestiones internacionales históricamente relevantes, como las que ofrecen de manera más exhaustiva y sistemática las de Rumsfeld y Cheney, a mi juicio superando éstas en objetividad a las tan celebradas de Henry Kissinger para el periodo de las Administraciones de Nixon y Ford.

Frente a la “memoria histórica” oficial desde Nixon a Bush Jr., banalizada y a veces distorsionada por Bob Woodward y otros autores y medios progresistas, Rumsfeld y Cheney nos ofrecen una versión alternativa que en su origen coincide con la tesis oficiosa del *Silent Coup* (de los autores Len Colodny y Robert Gettlin, avalada por historiadores como Roger Morris y Joan Hoff, y significativamente, de una manera discreta, por el propio presidente Ford): movimiento iniciado por un sector pretoriano de la Junta de Jefes que desemboca en el caso Watergate con sus múltiples ramificaciones. Rumsfeld y Cheney se libraron de la quema, asumiendo ambos, sucesivamente, la jefatura de gabinete del presidente Ford, desplazando gradualmente a los equipos de Kissinger y del general Alexander Haig en la política exterior y la seguridad nacional. Rumsfeld asumirá también con Ford su primer mandato como secretario de Defensa. Durante la Administración de Bush Sr. (con el que Rumsfeld tuvo siempre serias diferencias) ocupará el mismo puesto Cheney. Finalmente, durante

la Administración Bush Jr. se produce la convergencia en que culminan sus carreras: Cheney se convierte en vicepresidente y Rumsfeld volverá a desempeñar –treinta años después– el cargo de secretario de Defensa, en un esquema compartido por ambos (y sus respectivos adjuntos, los *neocons* Libby, Wolfowitz, Perle, Feith, etc.) en que el Pentágono desplaza significativamente a la secretaría de Estado y a los consejeros de Seguridad Nacional (Powell, Armitage, Rice, Hadley), rompiéndose la unidad de los *Vulcans*, como eran conocidos inicialmente los integrantes del equipo presidencial.

Un momento clave de la ruptura, como es sabido y los autores documentan, fue la intervención militar en Iraq. Rumsfeld pone el énfasis en las razones de la misma, y no sólo el asesoramiento y presión del mejor informado (“His knowledge of the subject of Iraq was encyclopedic”, subraya Rumsfeld), su adjunto Wolfowitz, quien, por cierto, coincidiendo con el décimo aniversario del 11-S, ha revelado algo que todavía no se sabía: durante los interrogatorios a que fue sometido Saddam Hussein –que en gran parte permanecen secretos– admitió su voluntad de continuar desarrollando los programas de armas de destrucción masiva, en caso de no haber sido derrocado. Rumsfeld destaca además otras poderosas razones: las violaciones reiteradas de las resoluciones de la ONU, la represión de la población civil, el intento de asesinato del ex presidente Bush Sr. en 1993, los ataques a los aviones americanos y de la coalición internacional, el apoyo material a diversos grupos terroristas (incluidos los suicidas palestinos en Israel), y naturalmente las conexiones comprobadas entre la inteligencia iraquí y Al Qaeda (pp. 346, 432-436). Cheney suscribe estas mismas razones y en concreto las referidas a la residencia en Iraq de terroristas de Al Qaeda, como el famoso y misterioso ARY (Abdul Rahman Yasin), que según Wolfowitz estaba implicado

en el primer ataque a las Torres Gemelas en 1993, y según parece relacionado personalmente con el cerebro del segundo ataque el 11-S de 2001, KSM (Khalid Sheik Mohammed), encarcelado en Guantánamo y cuyas confesiones, asegura Cheney, han confirmado muchas cosas.

Rumsfeld revela asimismo un dato, hasta ahora desconocido, que pudo haber ocasionado una tragedia con un elevado número de víctimas españolas el mismo 11-S: un avión procedente de Madrid con destino Filadelfia llegó a resultar sospechoso y el presidente Bush autorizó su derribo, si era necesario (p. 343).

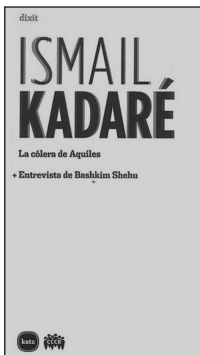
No hay espacio aquí para comentar infinidad de temas de sumo interés, que han dado pie a polémicas internas e internacionales, manipuladas al servicio del antiamericanismo y del juego sucio del Partido Demócrata (¡El caso Wilson-Plame, con la cuota de responsabilidad de Armitage y su jefe Powell!). Rumsfeld y Cheney comparten cierta decepción o desconfianza respecto a la doblez, deslealtad y en algunos casos incompetencia de Armitage, Powell, Rice y otras personalidades del entorno del clan Bush (Baker, Gates, el *Iraq Study Group*), y del *GOP Establishment* (de manera muy destacada, ambos coinciden en denunciar el oportunismo del senador y candidato presidencial en 2008 John McCain), por no hablar de la prensa progresista. Por otra parte, aunque Obama no lo reconozca, su éxito contra Al Qaeda se debe más a Cheney que a su propio programa, sin olvidar que, aunque Bush finalmente la avalara, la estrategia del *Iraq Surge* en 2007 fue liderada por Cheney, con la colaboración de los generales David Petraeus y Raymond Odierno, frente a la oposición de Ms. Rice y su departamento de Estado.

Cuando se desencadenó la polémica internacional por la intervención en Iraq, Rumsfeld

tuvo el detalle humorístico teñido de sarcasmo de descalificar a los gobiernos opositores como representantes de la "Vieja Europa", o el club de los "fabricantes de chocolate": Francia y Bélgica, imitando a la tradicional neutralista/pacifista Suiza (y podría añadir el nuevo gobierno "chocolatero" de Zapatero en España). Pero Rumsfeld, que había sido embajador en la OTAN en los años 70 y conocía bien a sus socios, no pudo evitar cierto papatismo típico de los americanos respecto a

las élites europeas, que a veces conduce a penosos gafes: la cita que encabeza su memoria y que atribuye equivocadamente al embajador belga André de Staercke, en realidad es un aforismo muy conocido de Antonio Gramsci: "frente al pesimismo de la inteligencia, el optimismo de la voluntad". Es el único detalle que desentona en un bien documentado, bien escrito y apasionante relato.

MANUEL PASTOR



La cólera de Aquiles Entrevista de Bashkin Shehu (al autor)

ISMAIL KADARÉ

Traducción de Ramón Sánchez Lizarralde
Katz Editores Madrid 2010, 60 págs.

¿Cuál es el misterio de la *Iliada*? ¿Cómo ha sido posible que un libro, o dos si tenemos en cuenta a su gemela *Odisea*, haya impregnado el alma europea desde sus mismos cimientos? ¿Cuál es la clave de su éxito literario, filosófico y artístico más allá del espacio y el tiempo? ¿Cuál la causa de la vigencia contemporánea de un poema épico que aborda una guerra que, en comparación con otras de las muchas libradas por los seres humanos, unas 14.500 más o menos, puede parecerse un juego de niños? ¿Por qué ha "atrapado como en un cepo la imaginación de la humanidad?

En la conferencia *La cólera de Aquiles*, pronunciada en el Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona el 16 de setiembre de 2004, Ismail Kadaré intenta responder a alguna de esas preguntas. Se trata de una disertación breve,

una intensa reflexión literaria con derivaciones éticas, que no cae en tópicos extremos: ni una apología de la guerra ni un alegato en contra de ella. Porque, como responde a una de las preguntas de Bashkim Shehu en la entrevista que completa la conferencia, el escritor albanés no tiene una idea preconcebida sobre la guerra: "Tampoco temo decir que cierta intervención militar, cierta guerra, debe hacerse. Diría incluso que es criminal mantenerse como espectador cuando se produce una matanza, cuando una comunidad humana débil es masacrada y uno tiene la posibilidad de auxiliarla y no lo hace". Como fue el caso de las intervenciones de la OTAN en Bosnia y Kosovo.

No es la primera vez que Ismail Kadaré se interesa por el tema de la guerra. Como señala Bashkin Shehu, en la introducción a la entre-

vista, la guerra es uno de los temas importantes de muchas de sus novelas, quizás porque la guerra ha formado parte de su existencia desde la infancia. En *El general del ejército muerto*, el protagonista es un militar de un país invasor de Albania, que regresa para buscar los huesos de los soldados muertos. En *Crónica de piedra*, una de las más biográficas, la guerra es narrada en primera persona a través de los ojos de un niño. En *El año negro*, situada cronológicamente en los inicios de la Primera Guerra Mundial, la guerra es presentada como metáfora del caos. La opinión que tiene Ismail Kadaré sobre la guerra es bastante básica pues no cree que las explicaciones racionales, históricas o científicas den cuenta de la guerra y expliquen su razón de ser. Y aunque no es pacifista, considera que la guerra nos acerca a la condición animal más que a la resolución de conflictos. La guerra moderna es muerte y liquidación, peor que la lucha de los animales que se retiran antes de liquidar al enemigo, porque “significa pelear a conciencia, preparados de forma consciente, principalmente por medio de la propaganda, para matar al otro”.

Más allá de la existencia o no de la guerra de Troya y de la consideración de Homero como testigo de los hechos –algo imposible puesto que parece demostrado que el vate escribió la *Ilíada* trescientos años después de que hubieran ocurrido los “sucesos” históricos–, lo que le interesa a Ismail Kadaré es la trascendencia literaria de la obra, es decir, el acontecimiento que hizo posible que aquella guerra se convirtiera en “alimento espiritual de toda la civilización griega, no por ninguna razón militar, histórica ni política, sino por la sola razón de que fue cantada homéricamente por un poeta o por un grupo de poetas”. Situándose así al margen de todos aquellos investigadores y arqueólogos, desde Schliemann hasta Schuchard que han orientado sus trabajos a demostrar la conexión de la *Ilíada* con una guerra de Troya real. No porque no le interesen las aproximaciones historicistas o arqueológicas,

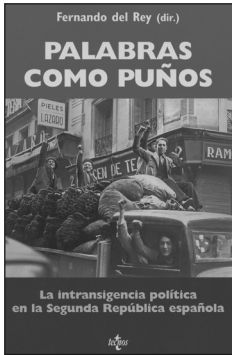
sino porque considera que la trascendencia de la obra, “sus vínculos con el futuro”, radica en el espíritu poético.

Ismail Kadaré centra su análisis literario de la *Ilíada* en el duelo que enfrenta a Aquiles y a Héctor porque, afirma, “leemos y releemos el duelo famoso sin reparar en que hay algo que no funciona en esa historia”, en concreto, las razones por las que, a pesar de haber salido corriendo como un conejo, Héctor continúa siendo honrado como héroe de los troyanos. ¿Un error del escritor?, se pregunta. ¿Una forma de humillar a Héctor y a los troyanos? ¿Una elipse de contenido debida a las distintas tradiciones orales de las que se nutrió Homero?

En primer lugar porque, aunque héroes, tanto Héctor como Aquiles, los protagonistas de la *Ilíada* tienen miedo, un sentido de la muerte y del dolor que nada tiene que ver con la sublimación épica de la muerte y de la guerra, lo cual daría fe de la relativización de la glorificación de la guerra y del humanismo con el que Homero se enfrenta al tema. Para continuar porque demostraría una actitud de distanciamiento crítico. Pero la clave del misterio reside en el significado de la palabra griega “mani”, que inaugura el primer verso del poema, traducida de forma incorrecta como “cólera” en lugar de “manía”, según Ismail Kadaré, que se hace eco de las palabras de un desconocido ensayista albanés llamado Faik Konica, como forma de adaptación a los clichés sobre la guerra como odio, propaganda belicista y brutalidad. Porque no hemos entendido que, por desgracia, “nuestra humanidad, todos nosotros formamos parte del sistema de la guerra”.

La cólera de Aquiles decepciona, porque el lector no encuentra más que la opinión, un tanto ambivalente, de Ismail Kadaré sobre la guerra y su peculiar interpretación del misterio del texto homérico.

LEAH BONNÍN



Palabras como puños La intransigencia política en la Segunda República española

FERNANDO DEL REY (Dir.)

Madrid, Tecnos, 2011. 675 páginas.

La Segunda República (1931-1936) ocupa un lugar preferente en la historiografía española. Es, sin duda, una de las etapas mejor conocidas de la historia de nuestro país. Nuestras mejores bibliotecas están repletas de libros que dan buena cuenta de las cuestiones que vertebraron la vida política, económica, social y cultural del régimen proclamado el 14 de abril de 1931. Desde el sistema electoral hasta el sistema económico, puede decirse que no queda aspecto del periodo republicano que haya escapado al trabajo de los investigadores. Este cuidado interés por cultivar la memoria del periodo republicano se justifica por sí mismo. De un lado, porque la Segunda República ejerció de amplificador de los problemas asociados al proceso de modernización política y social español que no habían encontrado cauce de expresión a lo largo del siglo XIX. En este sentido, cuestiones tales como la nacional, la social, la religiosa o el debate sobre la democratización de la vida pública fueron planteados con una fuerza y denuedo sin precedente por los actores políticos del momento. De otro, porque los escasos cinco años de vida de la Segunda República fueron

el preludio de la Guerra Civil española, el episodio más cruento de la historia contemporánea de España.

Dicho lo cual, ¿qué razón habría entonces para justificar la publicación de una nueva obra sobre la España de los años treinta del siglo XX? ¿Cabe decir algo nuevo? La respuesta es sí. Sobre todo porque la promulgación en 2007 de la llamada *Ley de memoria histórica* (Ley 52/2007), que impulsó el PSOE de José Luis Rodríguez Zapatero, politizó de tal manera los debates sobre la Segunda República que el resultado no podía ser otro que un severo retroceso en la calidad de los mismos. Hágase notar que si bien en teoría la *Ley de memoria histórica* nacía para reconocer y ampliar los derechos de los que sufrieron persecución o violencia durante la Guerra Civil y la dictadura franquista, a la postre se erigió en un potente instrumento de reescritura de la historia de España cuyo objetivo final distaba mucho de caer del lado del interés científico. Al contrario, la ley 52/2007 llevaba inoculada una narrativa histórica que buscaba patrimonializar la obra democrática de la Segunda Re-

pública para el PSOE y deslegitimar, a un tiempo, la Transición, al tildarla de ejercicio de *lampedusianismo* entre élites franquistas, y al Partido Popular como interlocutor democrático.

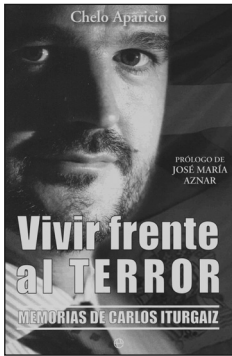
La consecuencia lógica de la conversión de la Segunda República en campo de batalla en el que dirimir las diferencias políticas del momento no podía ser otro que el que fue. Como señala Fernando del Rey en la magnífica introducción que firma para *Palabras como puños*, “a nuestro modo de ver, las trífulcas sectarias relacionadas con la *memoria histórica* han supuesto una auténtica involución intelectual al dar alas, a diestra y siniestra, a polemistas de tres al cuarto que –con la implicación de más de un historiador– no se han privado de lanzar a los cuatro vientos sus tesis maniqueas, contribuyendo a fijar interpretaciones históricamente muy discutibles, cuando no a todas luces aberrantes” (pág. 35).

Al esfuerzo necesario para dignificar los estudios sobre la Segunda República tras el dramático episodio de la *Ley de memoria histórica* contribuye por méritos propios *Palabras como puños*. Concebida como obra coral, la obra recoge diez estudios vertebra- dos por un objetivo común: subrayar el grado de brutalización alcanzado por la política española de la Segunda República. Para ello los capítulos que componen el libro centran su atención en los discursos, valores, estrategias y concepciones de la política de los principales actores políticos en los que se pone de manifiesto el nivel de intransigencia del que hacían gala los actores políticos del periodo republicano y que,

a la postre, contribuyó decisivamente a la liquidación del régimen democrático y parlamentario. Huyendo de historias cómodas y autocomplacientes donde hay buenos sin tacha y malos malísimos, *Palabras como puños* tiene el mérito de poner sobre la mesa, y de una vez, a un socialismo marxista radicalizado, un comunismo netamente revolucionario, un catolicismo autoritario y antiliberal, un potente movimiento anarquista y un pretorianismo apoyado por fascistas y monárquicos. En resumen, una izquierda y una derecha españolas cuyos principios políticos se distanciaron peligrosamente de los niveles de transigencia y compromiso exigidos por las democracias liberales para su funcionamiento y sostenibilidad.

Sin embargo, si algún mérito particular tiene la obra que dirige Fernando del Rey es un especial cuidado por huir del sempiterno excepcionalismo patrio contextualizando el grado de brutalización alcanzado por la política de la Segunda República española en el marco más amplio de la política de entreguerras europea. Y a ello contribuye la estupenda introducción con la que principia la obra. Un marco, precisamente, en el que el recurso a la violencia como instrumento legítimo en la lucha política se había convertido en moneda de curso común. Y un marco, en última instancia, en el que el aniquilamiento del adversario político por considerarlo enemigo de “la nación”, “la clase”, “la raza”, “la religión” o cualquier otro sujeto colectivo se había convertido en un recurso normal para la movilización política.

JORGE DEL PALACIO MARTÍN



Vivir frente al terror Memorias de Carlos Iturza Giza

CHELO APARICIO

Prólogo de José María Aznar

Editado por La Esfera de los Libros, Madrid, 2011, 260 páginas.

Estructurada en doce capítulos más el prólogo de José María Aznar, así como una introducción, preámbulo e índice onomástico, estas memorias buscan recordar qué ha ocurrido en el País Vasco durante las dos últimas décadas. La autora emplea un lenguaje sencillo, directo y accesible que facilita la lectura y comprensión. Y se decanta no por las cifras, sino por la contextualización de los hechos, pues su sobrado conocimiento de la política en el País Vasco puesto al alcance del lector, junto con un buen número de citas bibliográficas, enriquecen sus tesis y el propio libro.

El hecho de que Aparicio opte por la narración cronológica ayuda a que entendamos todo lo ocurrido, nos permite sacar conclusiones y conocer de primera mano el nombre y apellidos de aquellos que lucharon por la libertad en el País Vasco, algunos pagándolo con su vida (Gregorio Ordóñez, Miguel Ángel Blanco Garrido, Manuel Zamarreño, José Luis Caso, José Ignacio Iruetagoiena, Fernando Buesa...).

Todos los acontecimientos relatados los vivió en persona Carlos Iturza Giza (secretario general del PP en el País Vasco entre 1993-1996 y presidente entre 1996-2004), cuya trayectoria política vertebró y estructuró la obra adquiriendo aspectos corales en algunos pasajes. Pero también tienen cabida otros testimonios, como el

de su mujer, Lorena, muy ilustrativo para entender cómo 'vive' una persona amenazada por ETA: "no era posible disfrutar de la familia, siempre estaba haciendo maletas, metiendo un traje y una corbata negra, por si acaso, y el por si acaso tantas veces se cumplía. (...) Por supuesto, en aquellos años, para nosotros era imposible hacer un plan para un fin de semana o para una semana. Era imposible. Porque siempre sucedía algo, siempre" (pág. 119).

Carlos Iturza Giza y Chelo Aparicio son, por tanto, buenos conocedores de lo que ha acontecido y acontece en el País Vasco. Gracias a sus aportaciones apreciamos el carácter viciado que allí tiene la política y parte de la clase política. De este fenómeno es responsable el nacionalismo, tanto el que se define como "democrático" (PNV o EA) como el radical, liberticida y asesino representado por ETA. Uno y otro buscaron identificar lo vasco con lo nacionalista y a los representantes del PP con los restos del franquismo. Sin embargo, tanto por sus orígenes familiares como por su dominio del vascuence, Carlos Iturza Giza nunca ha encajado en ese mito.

Aunque el PNV, una vez desprovisto de este falso guión, no se dio por vencido y acentuó otros de sus rasgos: el victimismo y la tergiversación de la realidad. Ello se comprobó, por

ejemplo, con motivo de las multitudinarias manifestaciones en favor de Miguel Ángel Blanco, ante las cuales Javier Arzallus espetó al protagonista de la obra lo siguiente: "Iturgaiz, estos que gritan 'vascos sí, ETA no' son los de todos los autobuses que habéis pagado para venir a la manifestación. Qué van a ser vascos. Son gente que habéis traído de fuera" (pág. 82). Años después, el propio Arzallus radicalizó este punto de vista: "la masiva reacción popular fue encauzada para sacarle la máxima rentabilidad política, y hubo grupos organizados que recibieron el encargo de meterse entre las multitudes para inducirles a corear tales o cuales consignas. El asesinato de Blanco lo utilizaron para lanzarse más decididamente contra nosotros" (pág. 93).

Históricamente el PNV ha sido y ha actuado así. La práctica de la ambigüedad deliberada forma parte de su ADN. Cuando ha visto en peligro su posición hegemónica de gobierno en el País Vasco no ha dudado en efectuar cuantos pactos fueran precisos, bajo el manido lema de "traer la paz", función mesiánica que siempre se ha atribuido, aunque los medios empleados estuviesen al margen de la higiene democrática. Esta afirmación la corroboran los denominados Pactos de Estella, definidos por Arzallus como uno de los momentos más bonitos de su carrera política "porque el nacionalismo se unió y se asustó Madrid" (pág. 163). Sus consecuencias son conocidas, pero en aquel momento Carlos Iturgaiz fue de los pocos que denunció que la tregua de ETA era una trampa, puesto que la banda terrorista seguía ejerciendo la violencia, el chantaje y la persecución (pág. 167).

Para el nacionalismo, sólo si se es nacionalista se es vasco. Es una ideología que no concibe que pueda existir la doble y complementaria identidad de vasco y español. Esto último lo representaba Carlos Iturgaiz... y lo sufrió en primera persona: "para mis amigos era un facha. El que defendía a España mientras ellos defendían a Euskadi; ellos querían que perdiera la selec-

ción española en cualquier campeonato internacional, y yo quería que ganara España hasta en Eurovisión. (...) Y comencé a sentir la exclusión del grupo. Me convertí para ellos en el bicho raro, el español dentro de la cuadrilla" (pág. 22).

Fueron tiempos muy complicados los que le tocó vivir durante los años 90: en paralelo al ascenso en votos de su partido, caían asesinados sus compañeros de filas. En este punto el nacionalismo mostró todo su cinismo y desvergüenza con la acusación de que el PP instrumentalizaba esas "muertes" en su beneficio. En íntima relación se encuentra otro tema que se aborda en la obra: la desprotección en que les dejó el PNV. Carlos Iturgaiz es concluyente cuando lo analiza: populares y socialistas fueron condenados a vivir en una suerte de gueto y no encontraron la comprensión nacionalista.

A pesar de la parecida persecución sufrida, las relaciones no siempre fueron fáciles con el socialismo vasco: sí con un sector de éste (Redondo Terreros, Rosa Díez o Fernando Buesa), pero no con aquel otro que tiene su principal exponente en Jesús Eguiguren, partidario de la negociación con ETA y que, sobre todo, a la hora de pactar o fotografiarse, preferiría hacerlo con el PNV antes que con el PP. La obra muestra las dos almas diferenciadas del socialismo vasco y cómo a la hora de establecer relaciones con el Partido Popular en muchas ocasiones han primado más los cálculos electorales que la política de Estado. Chelo Aparicio ofrece el punto de vista de autores como José Luis Barbería y Pacho Unzueta, para quienes en 2003 "hay un componente de cálculo interesado en la actitud de los socialistas que empujan por romper o al menos limitar todo lo que se pueda la unidad de acción con el PP. Pero tal vez sea un cálculo equivocado: por evitar una imagen que favorezca al PP se proyecta una de acercamiento al PNV actual, cuyo efecto electoral sobre el conjunto de España es muy negativo" (pág. 57).

La trayectoria política del Partido Popular en el País Vasco está inexorablemente ligada a la figura de Iturza. Su trabajo (ejercido en unas condiciones bajo las que cualquier otra persona hubiera arrojado la toalla) y su constancia han permitido que el PP apoye parlamentariamente al Gobierno vasco hoy en día.

Es importante no perder nunca de vista que durante los años 80 la derecha no nacionalista era marginal en el País Vasco, y que en ello tuvo especial influencia el que la violencia etarra fuera especialmente dirigida contra los dirigentes de la UCD. Sin embargo, en los 90 irrumpió una generación de políticos valientes, casi temerarios, sobre la que se constituyó el PP como fuerza política con aspiraciones a ganar unas elecciones. Entre ellos se encontraban el posteriormente asesinado Gregorio Ordóñez, María San Gil, el propio Iturza o Santiago Abascal, quienes contaron con el apoyo de Jaime Mayor Oreja y del ex presidente José María Aznar, quien no duda en resaltar en el prólogo que “fueron tiempos difíciles que hicieron de los compañeros del Partido Popular del País Vasco un ejemplo de resistencia. No miraron para otro lado, llamaron a las cosas por su nombre y frente a la brutalidad se mantuvieron firmes en su decisión de impedir que el terrorismo alcanzara sus objetivos” (pág. XII).

Aznar añade también otros elementos imprescindibles para derrotar al terrorismo, y entre ellos que no basta sólo con la acción del Estado, sino que es obligatorio que la sociedad civil se implique, algo que en el País Vasco no siempre se ha producido. En efecto, ha habido un sector que ha practicado la peligrosa combinación de equidistancia-condescendencia hacia el terrorismo etarra y cuya actitud oportunista reprocha Iturza. En este punto, destaca la

crítica a la Iglesia vasca, particularmente a Setién, aunque el libro también ofrece el reconocimiento a los escasos miembros del clero vasco que se mostraron inflexibles ante el fenómeno terrorista, como Antonio Beristain o José Ignacio Munilla.

Finalmente, Aparicio e Iturza analizan el panorama actual de la política vasca, donde destaca, evidentemente, el pacto PSE-PP de 2009. Que los dos grandes rivales en la política nacional colaboren en el sostenimiento de un gobierno autonómico es una situación que puede resultar chocante, especialmente fuera del País Vasco, pero como sentencia la autora: “la respuesta es muy fácil. En Euskadi hay una situación de emergencia y de urgencia. No es lo mismo hacer política aquí que en Extremadura o en Andalucía. (...) Mientras permanezca esta excepcionalidad democrática, las soluciones serán particulares” (pág. 247).

Iturza es realista, pero sin caer en el optimismo buenista: “yo creo que los socialistas vascos tienen su hoja de ruta marcada desde hace mucho tiempo. El PP es casual para ellos en estos momentos. Al PP lo necesitan de la misma manera que si hubieran llegado a un acuerdo con el PNV. (...) Yo estoy convencido de que si mañana pueden reeditar el pacto con el PNV lo harían encantados” (pág. 246). Esta advertencia la hace sin olvidar homenajear a todos aquellos que se sacrificaron por cambiar un escenario político y social que hacía de la libertad una utopía: “creo que hay que recordar que la primera piedra para proclamar que el nacionalismo no es imbatible la pusimos nosotros, en 2001. Allí comenzamos. A partir de ahí, ellos empiezan a bajar el tono y nosotros a subirlo” (pág. 246).

ALFREDO CRESPO ALCÁZAR

AUTORIZACIÓN Nº: 2828694/9
FECHA: 19/01/07

MADRID Sucursal 6
C/ Claudio Coello, 100
28006 MADRID

APARTADO ED. Nº 9

FAES-Fundación para el Análisis
y los Estudios Sociales

CUADERNOS de pensamiento político

A franquear
en destino



fundación para el análisis y los estudios sociales

www.fundacionfaes.es



Suscripción a CUADERNOS DE PENSAMIENTO POLÍTICO

NOMBRE Y APELLIDOS _____

NIF _____

EMPRESA _____

CIF _____ E-MAIL _____

DIRECCIÓN DE ENVÍO _____

CÓDIGO POSTAL _____ LOCALIDAD _____

PROVINCIA/PAIS _____ TELÉFONO _____

MODALIDAD IVA incluido (4%)	ESPAÑA	EUROPA/RESTO MUNDO
<input type="checkbox"/> Suscripción anual	36 euros	50 euros
<input type="checkbox"/> Suscripción especial (ESTUDIANTES Y JUBILADOS)	26 euros	40 euros
<input type="checkbox"/> Suscripción de honor	60 euros	
<input type="checkbox"/> Ejemplar suelto (Núm. _____)	12 euros	

Con la suscripción solicito sin coste adicional hasta 3 números atrasados

FORMA DE PAGO

Talón bancario nominativo a nombre de FAES Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales

Transferencia bancaria a: BBVA c/Alcalá, 16. 28014 Madrid
c/cte.: 0182-2370-41-0201507254 (indicando suscripción a CUADERNOS DE PENSAMIENTO POLÍTICO)

Domiciliación bancaria (rellenar el cupón). Ruego que con cargo a la cuenta reseñada se sirvan pagar los recibos que presente CUADERNOS DE PENSAMIENTO POLÍTICO en concepto de suscripción.

Tarjeta de Crédito CADUCA

DATOS BANCARIOS

BANCO O CAJA _____

TITULAR _____

DIRECCIÓN _____

CÓDIGO POSTAL _____ LOCALIDAD _____

Nº CUENTA

FIRMA:

Le informamos que, con arreglo a lo dispuesto en la Ley Orgánica 15/1999, de 13 de diciembre, sus datos personales serán incluidos en un fichero del que es responsable FAES-Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, y que tiene como fin mantenerle informado de las actividades, publicaciones y novedades relacionadas con la Fundación FAES. Usted tiene derecho a acceder a la información que le concierne del fichero, rectificarla de ser errónea o cancelarla, así como oponerse a su tratamiento. Para ejercer este derecho puede dirigirse por escrito, adjuntando copia de su DNI, a FAES-Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, C/ María de Molina, 40. 6ª planta, 28006, Madrid.

